

Perséfone abandona la oscuridad

MARIFÉ SANTIAGO BOLAÑOS
(Doctora en Filosofía)

• 22 de marzo: ETA anuncia el alto al fuego

El 23 y 24 de marzo pasados, la doctora María Fernanda Santiago Bolaños dictó una conferencia sobre “El concepto de tragedia en María Zambrano” y presentó su libro *Mirar al Dios. El teatro como camino del conocimiento*, en la Facultad de Filosofía y Letras. Durante su visita a México, la organización separatista vasca ETA anunció su disposición de abandonar la violencia terrorista.

María Fernanda Santiago es filósofa, escritora profesora y asesora de educación del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, cuya prudencia y sentido humanista de la política ha logrado abrir el camino de la paz y reivindicar la civilidad republicana en la solución de los conflictos.

Es el 22 de marzo de 2006; acaba de comenzar la primavera en este lado del Atlántico. Tomo mi avión a eso de las 12 de la mañana; voy a México, donde la amabilidad de la UNAM me ha invitado a impartir tres conferencias en los próximos dos días. Voy a hablar de María Zambrano y de teatro, y haciendo, hablaré de la memoria como “depositaria” del porvenir.

En el trayecto, recuerdo a los hombres y mujeres de España que

tuvieron que abandonar su país y, sobre todo, sus sueños, cuando Franco derrocó al gobierno democráticamente elegido, tras tres años de cruento conflicto bélico, e impuso una dictadura prolongada cuatro demoleadoras décadas.

Una guerra siempre es un fracaso y la herida mortal que la historia provoca en el cuerpo de la dignidad y de la libertad. Por eso, imagino a esas personas tristes; a los niños que

no volverían a ver a sus padres; a las mujeres que retrocedían siglos por que les volvían a robar su derecho a ser ciudadanas dueñas de su capacidad de elegir, por sí mismas, su presente y su futuro.

Reviso mis intervenciones. Soy capaz de recuperar la voz de María Zambrano, derrotada (“al exiliado se le quita no sólo el espacio, sino también el tiempo”) y, sin embargo, hablando de la libertad en el mundo griego en su primera intervención pública, en Morelia, la ciudad que con manos solidarias acarició, cuidó y preparó el futuro a los niños y a las niñas que llegaban, huérfanos de espacio y de tiempo, a México. No es indiferente la elección de María Zambrano; hablar de la libertad a partir de la cuna del pensamiento europeo, es estar reivindicando un principio que, cuando se abandona, acaba desmoronando los más nobles valores de una cultura con democrática vocación de encuentro, de solidaridad y de respeto. Y en tal reivindicación está denunciando su propia historia, la historia de Occidente, señalando los momentos en los que ciertos sueños se ahogaron en su proceso de nacer, y la obligación de resucitarlos, pues habitualmente tales traiciones a la libertad en el pasado tienen que ver con las derrotas del presente. Hablaré de este tema tomando como metáfora la idea de tragedia en la pensadora, y analizando la actualidad visionaria de sus reflexiones.

Quiero hacer memoria de todos los que llegaban a México al acabar la Guerra civil española; me parece que tenerlos, en este momento, a mi lado, es un modo de darles las gracias por su lección y por su entrega, y una ofrenda que deposito, simbólicamente, sobre las aguas que, como un mensajero del destino, intuyo desde la ventanilla de mi asiento.

Recuerdo a los poetas, a los filósofos, a los científicos, a los creadores, a los juristas, a los trabajadores anónimos que fueron arrancados de sus casas. Recuerdo, en esas conexio-

Perséfone abandona...

nes que hace la mente en tales circunstancias, a los judíos que, en 1492, fueron expulsados de Sefarad, sin que la abandonaran nunca, pues se esforzaron por mantener la lengua y el recuerdo de una felicidad que habría de recuperar el futuro si antes no lo hacían ellos. Acaso tales tragedias retornan, como una pesadilla, porque las causas que las provocan siguen sin resolverse. Hablo de la urgencia de asumir y ver la riqueza de la diversidad, del multiculturalismo. Uno los “tiempos”, y la aproximación me recuerda que en estos días también se cumplen años del golpe de Estado argentino que repitió, por enésima vez, la tiranía del terror. Podría hacer memoria, también, de cómo el rostro de la infamia aparece, reaparece, resurge todos los días en todos los tiempos. Rostro conocido, rostro que sólo se borraría de un modo “global”.

Recuerdo a la gente sencilla de España cuyos sueños tenían la misma grandeza que los de quienes han pasado a la historia como espejos ejemplares. Recuerdo las palabras escritas y las que custodia, como un tesoro, la imaginativa esperanza, esa diosa pequeña a la que nada ni nadie sabe vencer. A pesar de las apariencias. Visitaré, como testimonio y demostración, el Ateneo español y el Colegio Madrid, y “uniré los tiempos” yendo al Centro Cultural de España, al lado del Zócalo-ágora mexicano.

Dice la hija de Edipo dirigiéndose a sus hermanos, Polinices y Eteocles, en *La tumba de Antígona*, de María Zambrano:

Sí, teníais que morir y que mataros. Los mortales tienen que matar, creen que no son hombres si no matan. Los inician así, primero con los animales y con el tiempo y con ese grano de pureza que llevan dentro. Y en seguida con otros hombres. Siempre hay enemigos, patrias, pretextos.

Leo, en el avión, esa cita que compartiré con el alumnado y el profesorado de la UNAM en la Facultad de Derecho y en la de Filosofía y Letras. Quiero recorrer, con ellos, ese espacio mítico para toda persona que ame el saber: la UNAM. Quiero aprender con ellos la importancia de la estética al lado de la ética, dándose la mano: desde los murales que he visto tantas veces reproducidos, a esa “ciudad” de las artes dentro del *campus* universitario, donde la pintura, el teatro, la música o la danza expresan el mismo amor a la sabiduría que se desarrolla en las aulas, en las zonas de tránsito y conversación, en los debates, en las publicaciones emblemáticas e imprescindibles, en el corazón y en la cabeza de todos los que han hecho posible el prestigio internacional de la UNAM, que voy a tener el privilegio de visitar. Y, lo más hermoso: que la Universidad sea una referencia para toda la ciudadanía mexicana: “universitas”, democratizar el saber es elevar la condición de los seres humanos para que alcancen lo que tal saber significa, nunca devaluarlo. UNAM.

Fueron muchos los ciudadanos españoles que llegaban a México en 1939. El país, representado por su presidente, Lázaro Cárdenas, los acogió con generosidad; sabía el general Cárdenas que cada vez que un ser humano gana un derecho lo están ganando todos los seres humanos, y que cuando lo pierde, es toda la humanidad la que está perdiéndolo. Lo pienso repasando la conferencia que va a tener lugar en la cátedra “México, país de acogida”, para la que he elegido hablar de la dimensión de los conceptos de “persona y democracia” en María Zambrano. Porque la democracia, dice ella, es ese sistema político en el que no sólo está permitido, sino que es una exigencia, ser persona con todas sus consecuencias. Me parece importante reflexionar con los “habitantes” del lugar del saber por

excelencia, la Universidad, sobre lo que significa hoy hacer tal afirmación, en un época, la nuestra, donde la globalización imparable puede serlo todavía de ganancias y no de pérdidas, de crecimiento conjunto, de extensión de derechos que han de tener, en la base, como cimientos consolidadores, el derecho a la salud y al saber, la semilla de la esperanza para todos los seres humanos, aboliendo las fronteras que levantan la intolerancia, el fanatismo y la desigualdad.

Estoy llegando a América. En mi viaje, “no ha tenido hueco” la noche, a pesar de que hace más de diez horas que salí de España. Desde tal altura de luz, México D. F. es un regazo, un centro con muchos centros en el corazón de las montañas que rodean la ciudad; observo las lagunas que la caracterizan y no puedo por menos que recordar el arjé de Tales de Mileto, “inventor” de la filosofía occidental, y reconocer la deuda que toda supuesta idea primigenia tiene con las ideas y experiencias de quienes, precediéndolas, le dieron hogar propicio donde desarrollarse. La luz, que no me ha abandonado, se solidifica en los senderos violetas de las jacarandas floridas; es el color de las mujeres: qué simbólico en esta “matria” que fue, que es, México; qué necesaria la voz de tantas mujeres en todos los continentes, aportando, quizás, otra manera de existir distinta en un mundo distinto, como nos demuestran cada día en África, en Iberoamérica, en Asia.

En los últimos minutos antes de aterrizar, pienso en el daño infligido a quien es apartado y condenado por su historia. Trato de reproducir, por comparación, lo humillante del hecho. Estoy “pensando con el cuerpo”, la más profunda manera de no olvidar que es en la asunción de nuestra naturaleza vulnerable donde mejor se aprehende el sentimiento del que arranca la posibilidad de un ética adulta, es decir, tanto la obligación democrática de ponernos, “globalmente”, en el lugar del otro, como la

exigencia de revisar y asumir los acontecimientos que “distribuyen” a los vencedores y a los vencidos, si es que aceptamos que la paz, como actitud, es “global” y cualitativamente posible, y no mera utopía irrealizable.

Es la lección que aporta el teatro entendido como camino de conocimiento, tema al que dedicaré mi última conferencia, ofreciendo un sendero de reflexión metafórico y, por tanto, creativo para que se rompa, de una vez por todas, el kaskiano eterno retorno de lo mismo que supone ignorar responsabilidades también “globales”, hábitos siniestramente repetidos, aceptaciones incuestionables que no denotan más que miedo a perder una identidad personal o social, olvidando que el ser humano es el único viviente que, por fortuna, puede “no ser idéntico a sí mismo” y cambiar: en tal “naturaleza” proteica radica, precisamente, la esperanza para tantas personas que carecen de ella, que incluso desconocen que pueden tenerla, y también el único terreno fértil para que convivan, enriqueciéndose, las peculiaridades y diferencias que nos hacen, por definición, imprescindibles y no intercambiables.

Propagar con su labor esta declaración de principios es el “quehacer” del intelectual, del investigador, del artista. Eludirla es, en mi opinión, una traición a la belleza y un desprecio hacia todos los que incluso sabiendo que no disfrutarán los frutos de la justicia se han afanado, en todo tiempo y en todo lugar, por ella, a pesar de la ingente tarea que queda siempre por hacer desde nuestra efímera condición de seres limitados a un tiempo, aunque capaces de trascenderlo si se le cede el paso a la generosidad. Cómo no recordar a la María Zambrano de *Delirio y destino*:

Despertar es renacer cada día. Y ya la luz nos aguarda. Ya está ahí comenzada, la historia que haya que proseguir. Despertar es entrar en un sueño ya en marcha, venir desde el desierto puro del olvido y entrar, lo

Perséfone...

primero, en nuestro propio cuerpo, recordarlo sin rencor, entrar a habitarlo y recuperar nuestra alma, con su memoria y nuestra vida, con su quehacer. Entrar como en un capullo tejido por innumerables gusanos afanosos; retomar nuestro hielo en el capullo fabricado incansablemente por el gusano-hombre, hacedor de ensueños que se objetivan, fabricante de historia.

Hago balance de todo esto y agradezco, de nuevo, a los poetas, a los filósofos, a los doctores, a los juristas, a los creadores, a los editores, a los profesores, a los científicos, a las amas de casa, a los obreros, a todas y a todos los que, en todo tiempo y en todo lugar, pretendían acoger donde se había hablado de rechazo; dialogar, donde se había hablado de imposición; intentar entender, donde se había hablado de enfrentamiento; buscar soluciones, donde se había hablado de problemas. En definitiva, incluir, donde se había hablado de ignorar.

Les agradezco, una vez más, su lección y no me parece casual que este agradecimiento esté teniendo lugar en “el país de acogida” que permitió a tantos velar con tesón y esperanza aquel sueño de paz.

Pongo en marcha mi teléfono móvil mientras me dirijo a la salida del aeropuerto. Empiezan a sonar mensajes sin parar. Entre el asombro y la expectación por la inusual cantidad, empiezo a leerlos: “paz”, “enhorabuena para todos”, “el futuro”, “la esperanza”, “hoy es un día feliz”, leo quince, dieciséis veces con variantes similares, hasta que consigo encontrar la razón en uno de los mensajes que me emociona: ETA anuncia el alto al fuego permanente.

El primer abrazo, la primera palabra de felicidad compartida tiene lugar con los amigos mexicanos de la UNAM que me esperan; están tan esperanzados como lo estoy yo ahora: el sueño de paz de aquellos exiliados españoles, el sueño de paz que los acogió en México... El sueño de paz de todos los seres humanos: en todo tiempo y en todo lugar.

Sí, su lección de diálogo y entendimiento, de firmeza sin embargo generosa, de justicia contundente pero no vengativa. El posible futuro feliz, ése que la memoria custodia y cuida con amor y generosidad.

Difícil, muy difícil siempre, en todo lugar, en todo tiempo, pero posible: todo lo que el hombre quiere primero ha de soñarlo con metódico rigor. También esta máxima es válida en todo lugar, en todo tiempo; también esta máxima requiere compartir, cooperar, trabajar juntos con el mundo como “gran patria”, como gran “matria” cuando se ve desde tal perspectiva.

Son las cinco y media de la tarde en México-Tenochtitlan; pasa de la media noche en España. Es, ha sido, 22 de marzo de 2006: la eternidad humana, el humano mundo. Primavera: Perséfone abandona la oscuridad y recorre la superficie de la Tierra; espiga de trigo; compañero: el que comparte el pan, ese “alimento metafísico” válido en todo tiempo, en todo lugar. Como la palabra “compañero”.

Sea. ♦